

THE SECOND BOOK IN THE LEVIATHAN TRILOGY



# BEHEMOTH

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR OF *LEVIATHAN* AND *UGLIES*

# SCOTT WESTERFELD

ILLUSTRATED BY KEITH THOMPSON

• BEHEMOTH •

# BEHEMOTH

Escrito por

SCOTT WESTERFELD

Ilustrado por Keith Thompson

Traducción: Raquel Solà

**edebé**

Título original: *BEHEMOTH*

© 2009, 2010, 2011 by Scott Westerfeld

First Published by Simon Pulse, an imprint of Simon & Schuster's Children's Publishing Division.

Translation rights arranged by Jill Grinberg Literary Management LLC and Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

All rights reserved.

Permission to use the art and the design.

© Edición en español: Edebé, 2012

Paseo de San Juan Bosco 62 (08017 Barcelona)

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

Dirección de la edición: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

© Traducción al español: Raquel Solà

ISBN 978-84-683-0698-8

Depósito Legal: B. 22905-2012

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser llevada a cabo con la autorización de sus titulares, sacado de las excepciones previstas en la Ley. Dirigíos a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitáis fotocopiar o escanear ningún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A Justine:  
nueve años y diecisiete novelas, por ahora.*

# • UNO •

## Alek alzó su espada.

—¡En guardia, señor!

Deryn levantó su arma, sopesándola mientras estudiaba la pose de Alek. El muchacho tenía los pies abiertos en ángulo recto y su brazo izquierdo echado hacia atrás y doblado apoyándolo en su espalda como el asa de una taza de té. La armadura de esgrima le hacía parecer un edredón andante. Incluso con su espada apuntándola directamente, tenía un aspecto rematadamente estúpido.

—¿Tengo que ponerme *así*? —preguntó ella.

—Sí, si quieres llegar a ser un auténtico esgrimista.

—Un auténtico idiota, más bien —murmuró Deryn, deseando de nuevo que su primera lección tuviera lugar en un sitio menos concurrido.

Una docena de tripulantes los estaban observando, junto a dos rastreadores de hidrógeno curiosos. Pero el contramaestre, el señor Rigby, había prohibido que se practicara esgrima dentro de la aeronave.

Deryn suspiró, alzó su sable y trató de imitar la pose de Alek.

Al menos, hacía un tiempo agradable en la parte superior del *Leviathan*. La aeronave había dejado atrás la península italiana la noche anterior y ahora el mar en calma se extendía en todas direcciones, con el sol de la tarde esparciendo destellos como diamantes por su superficie. Traídas por la fría brisa del mar, las gaviotas revoloteaban sobre sus cabezas.

Y lo mejor de todo era que no había ningún oficial ahí arriba para recordarle a Deryn que estaba de servicio. Se rumoreaba que dos acorazados alemanes merodeaban por los alrededores, y se suponía que Deryn debía estar atenta a las señales que pudieran provenir del cadete Newkirk, que colgaba de un elevador Huxley a seiscientos metros de altura sobre ellos.

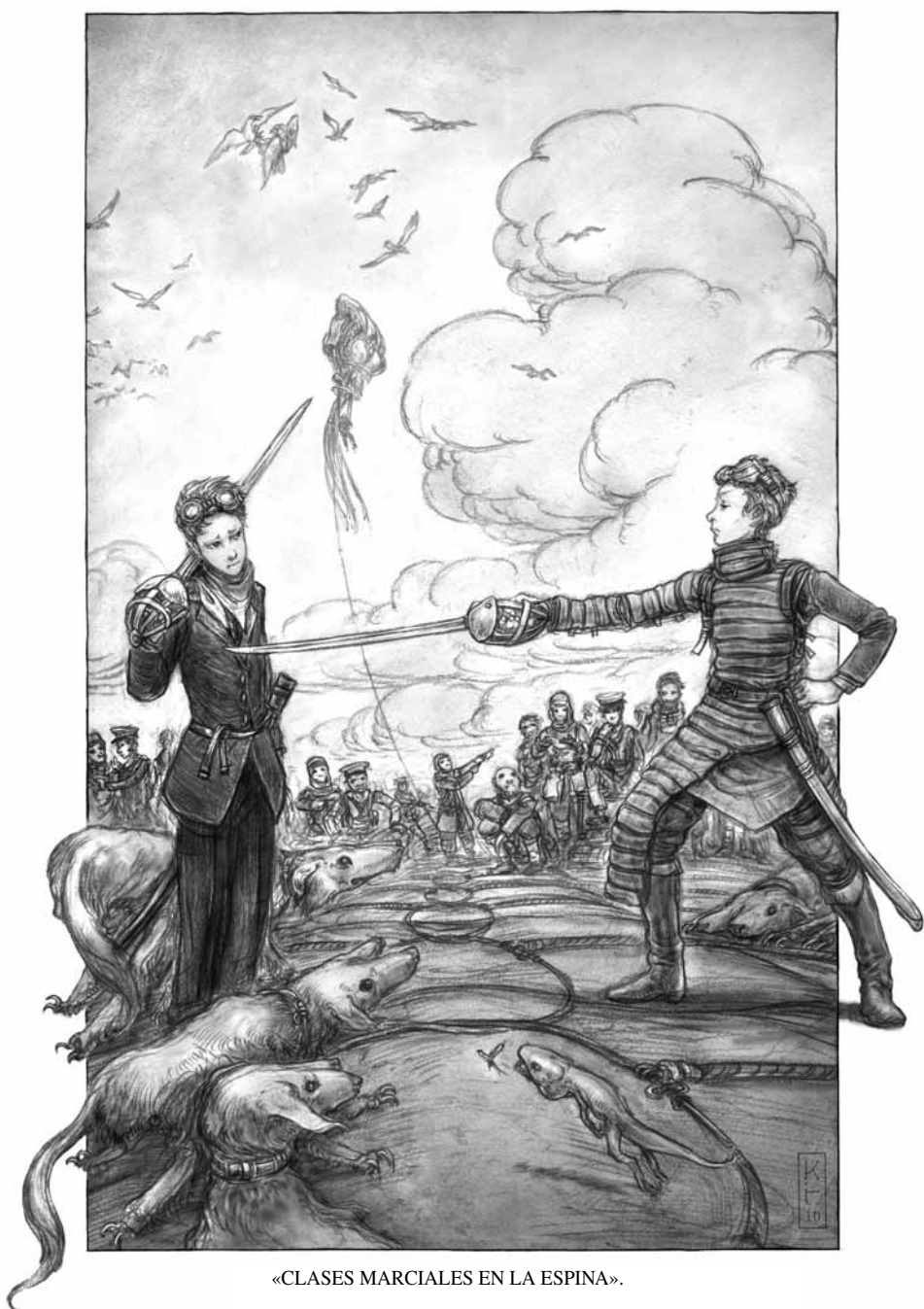
Pero en realidad no estaba perdiendo el tiempo. Tan solo dos días antes, el capitán Hobbes le había ordenado que vigilara a Alek y que averiguase lo que pudiera sobre él. Sin duda alguna, una misión secreta encomendada por el capitán era más importante que las tareas que realizaba normalmente.

Tal vez era una estupidez que los oficiales aún consideraran enemigos a Alek y sus hombres, pero al menos aquello proporcionaba una excusa a Deryn para pasar más tiempo con él.

—¿Tengo pinta de bobo? —le preguntó a Alek.

—Ciertamente, señor Sharp.

—¡Bien, tú también entonces! Se diga como se diga «bobo» en clánker.



«CLASES MARCIALES EN LA ESPINA».



—La palabra es «*dummkopf*», pero yo no lo parezco porque mi postura no es tan horrible como la tuya —respondió él.

Bajó su sable, se acercó más y ajustó las extremidades de Deryn, como si fuese un maniquí de un escaparate.

—Desplaza más peso sobre el pie de atrás —dijo Alek, separándole las piernas con un leve empujón en las botas—, de este modo podrás apartarte cuando ataques.

Ahora Alek estaba justo detrás de ella, con su cuerpo pegado al suyo mientras le ajustaba el brazo que sostenía la espada. A Deryn no se le había ocurrido que practicar esgrima pudiera ser tan delicado.

Cuando él la cogió por la cintura, sintió como si una descarga recorriese su piel. Si Alek llevaba las manos algo más arriba, quizás se daría cuenta de lo que estaba oculto bajo su cuidado uniforme.

—Mantente siempre de costado a tu oponente —dijo, haciéndola girar con delicadeza—. De ese modo tu pecho será un blanco mucho más difícil.

—De acuerdo, un blanco mucho más difícil —dijo Deryn con un suspiro.

Al parecer, su secreto estaba a salvo.

Alek dio un paso atrás y retomó su postura, de forma que las puntas de sus espadas casi se tocaron. Deryn inspiró profundamente, lista para luchar al fin.

Pero Alek no se movió. Transcurrieron unos interminables segundos. Los nuevos motores de la aeronave zumbaban bajo sus pies mientras las nubes se deslizaban lentamente sobre ellos.

—¿Vamos a luchar o nos vamos a quedar mirándonos fijamente hasta el aburrimiento? —preguntó Deryn finalmente.

—Antes de que un esgrimista pueda cruzar espadas con alguien, debe aprender esta postura básica. Pero no te preocupes —Alek sonrió con malicia—, no estaremos así más de una hora. Solo es tu primera lección, después de todo.

—¿Qué? ¿Toda una maldita hora sin moverme? —Deryn notó que sus músculos se resentían y cómo los demás tripulantes contenían la risa.

Uno de los rastreadores de hidrógeno se acercó arrastrándose y olisqueó su bota.

—Eso no es nada —dijo Alek—, cuando empecé mis lecciones con el conde Volger, ni siquiera me permitía coger una espada.

—Bueno, es una manera bastante estúpida de enseñar a alguien a luchar con espada.

—Tu cuerpo tiene que aprender a colocarse en la postura adecuada. De lo contrario adoptarás malos hábitos.

Deryn soltó un bufido.

—¡No creerás que en una lucha no moverse es un mal hábito! Y si solo vamos a estar aquí de pie plantados, ¿por qué llevas armadura?

Alek no respondió y se limitó a entornar los ojos, con su sable inmóvil en el aire. Deryn veía cómo la punta del suyo se agitaba y apretó los dientes.

Por descontado, al dichoso *príncipe* Alek le habrían enseñado a luchar correctamente. Por lo que ella sabía, su vida entera había

sido una sucesión de tutores. Puede que el conde Volger, su profesor de esgrima, y Otto Klopp, su profesor de *mekánica*, fuesen sus únicos profesores ahora que se había convertido en un fugitivo. Pero cuando aún vivía en el castillo familiar de los Hausburgo, debía de haber tenido una docena más, todos llenándole la azotea con tonterías como idiomas antiguos, buenas maneras y supersticiones clánker. No era pues extraño que para él quedarse allí parado como un perchero fuera educativo.

Pero Deryn no iba a permitir que un príncipe engreído aguantara más que ella.

De modo que se quedó completamente quieta, mirándole fijamente. Según pasaban los minutos, su cuerpo se tensaba y empezaba a sentir un dolor punzante en los músculos. Y lo peor estaba en su mente: el aburrimiento se convertía en rabia y frustración, y el zumbido de los motores clánker se le estaba metiendo en la cabeza como si fuese una colmena.

Lo más difícil era sostenerle la mirada a Alek. Sus ojos de color verde oscuro se mantenían fijos en ella, tan inmóviles como la punta de su espada. Ahora que conocía los secretos de Alek: el asesinato de sus padres, el dolor por tener que dejar atrás su hogar, y el gélido peso de las disputas familiares que habían empezado aquella guerra horrible, Deryn podía percibir la tristeza que había tras aquella mirada.

En raras ocasiones veía cómo a Alek se le humedecían los ojos por las lágrimas, que solo contenía por un fiero orgullo implacable. Incluso, cuando a veces competían en juegos estúpidos, como

sobre quién conseguiría subir más rápido por el flechaste, Deryn casi deseaba dejarle ganar.

Pero nunca sería capaz de declarar aquellos pensamientos en voz alta, no al menos fingiendo ser un chico, y Alek jamás volvería a cruzar aquella mirada con ella si averiguaba que en realidad era una chica.

—Alek... —empezó a decir.

—¿Necesitas un descanso? —preguntó él.

Su sonrisita burlona borró los pensamientos caritativos de Deryn.

—¡Vete al cuerno! —dijo ella—. Me estaba preguntando qué haréis los clánkers cuando lleguéis a Constantinopla.

La punta de la espada de Alek se movió un instante.

—El conde Volger pensará en algo. Espero que podamos abandonar la ciudad lo antes posible. Los alemanes jamás me buscarán en las zonas boscosas del Imperio otomano.

Deryn miró hacia el vacío horizonte que se extendía ante ella. El *Leviathan* podría llegar a Constantinopla al amanecer del día siguiente, y solo hacía seis días que conocía a Alek. ¿De veras iba a marcharse tan rápido?

—No es que esté mal en este sitio. La guerra parece más lejana en esta aeronave de lo que jamás me lo pareció cuando estaba en Suiza. Pero no puedo quedarme aquí, en el aire, para siempre —dijo Alek.

—No, imagino que no —dijo Deryn, centrando su mirada en las puntas de ambas espadas.

El capitán podía desconocer quién era el padre de Alek, pero, aun así, resultaba obvio que el muchacho era austriaco. Solo era cuestión de tiempo que el Imperio austrohúngaro entrara en guerra oficialmente con Gran Bretaña y entonces el capitán jamás dejaría marchar a los clánkers.

Era muy injusto pensar en Alek como en un enemigo después de que hubiera salvado la aeronave ya dos veces. En la primera ocasión, les había salvado de una gélida muerte dándoles comida y, en la segunda, les había salvado de los alemanes entregándoles los motores que habían permitido a todos escapar.

Los alemanes seguían buscando a Alek para intentar terminar el trabajo que habían empezado con sus padres. *Alguien* tenía que estar de su parte... Y, tal y como Deryn había ido admitiendo poco a poco durante aquellos últimos días, no le importaría ser ella la que acabase siendo ese alguien.

Algo que ondeaba en el cielo llamó su atención y Deryn bajó el brazo dolorido con el que sostenía la espada.

—¡Ajá! —dijo Alek—. ¿Has tenido suficiente?

—Es Newkirk —comentó ella, intentando descifrar los gestos frenéticos del muchacho.

Las banderas de señales se agitaban formando las letras una vez más y, lentamente, el mensaje fue cobrando sentido en su mente.

—Dos grupos de chimeneas avistados a una distancia de cuarenta millas —dijo mientras cogía su silbato de mando—. ¡Son los acorazados alemanes!

Sonrió un poco sin querer al soplar el silbato: Constantinopla tendría que esperar.

El aullido de alarma se propagó con rapidez, pasando de un rastreador de hidrógeno a otro. Enseguida, los aullidos de las bestias resonaron por toda la aeronave.

La tripulación se reunió en la espina dorsal, preparando las armas aéreas y llevando sacos de comida a los murciélagos *fléchette*. Los rastreadores se movían por todo el flechaste buscando fugas en la piel del *Leviathan*.

Deryn y Alek hicieron girar el cabrestante del Huxley para acercar a Newkirk a la nave.

—Lo dejaremos a trescientos metros —dijo Deryn mientras observaba los marcadores de altura de la cuerda—. Eres un tipo con suerte. ¡Desde aquí arriba podrás ver toda la batalla!

—Pero no será una gran batalla, ¿verdad? —preguntó Alek—. ¿Qué puede hacer una aeronave contra dos acorazados?

—Imagino que nos quedaremos completamente inmóviles durante una hora. No sea que caigamos en malos hábitos.

Alek puso los ojos en blanco.

—Hablo en serio, Dylan. El *Leviathan* no tiene armas pesadas. ¿Cómo podemos luchar contra ellos?

—Un respirador de hidrógeno grande puede hacer muchas cosas. Aún nos quedan algunas bombas aéreas y murciélagos *fléchette*... —las palabras de Deryn quedaron en el aire—. ¿Has dicho «podemos»?

—¿Cómo dices?

—Acabas de decir «¿Cómo *podemos luchar* contra ellos?». ¡Como si fueras uno de los nuestros!

—Supongo que sí lo he dicho —dijo Alek, bajando la vista y mirando fijamente sus botas—. Mis hombres y yo estamos sirviendo en esta aeronave, después de todo y a pesar de que seáis un atajo de darwinistas impíos.

Deryn sonrió de nuevo mientras aseguraba el cable del Huxley.

—Mencionaré esto al capitán la próxima vez que me pregunte si eres un espía clánker.

—Muy amable por tu parte —respondió Alek, y a continuación elevó la mirada para encontrarse con la de ella—. Aunque se trata de una cuestión importante: ¿los oficiales confiarán en nosotros si entramos en combate?

—¿Por qué no iban a hacerlo? ¡Salvaste la nave al cedernos los motores de tu Caminante de Asalto!

—Sí, pero si yo no hubiera sido tan generoso, nosotros también seguiríamos atrapados con vosotros en aquel glaciar. O, más probablemente, estaríamos en una prisión alemana. No lo hice por amistad exactamente.

Deryn frunció el ceño. Quizás las cosas fueran algo más complicadas ahora, con una batalla en perspectiva. Los hombres de Alek y la tripulación del *Leviathan* se habían convertido en aliados casi por accidente y solo hacía unos pocos días.

—Supongo que prometiste ayudarnos a llegar al Imperio otomano —dijo en voz baja—. Pero no a luchar contra otros clánkers.

Alek asintió.

—Eso es lo que tus oficiales estarán pensando.

—Sí, pero ¿qué es lo que piensas *tú*?

—Nosotros obedeceremos las órdenes —señaló hacia la proa—.

¿Lo ves? Klopp y Hoffman ya se han puesto manos a la obra.

Era cierto. Las cápsulas de los motores que estaban a cada lado de la enorme cabeza de la bestia rugían con más intensidad y expulsaban al aire dos gruesas columnas de humo. Pero la visión de unos motores clánker montados en una aeronave darwinista constituía otra muestra de la extraña alianza que se había establecido en el *Leviathan*. Comparados con los minúsculos motores de fabricación británica que se habían diseñado para aquella aeronave, sonaban y escupían humo como un tren de mercancías.

—Tal vez esta sea la ocasión ideal para ponerte a prueba a ti mismo —dijo Deryn—. Deberías ir a echar una mano a tus hombres. Necesitaremos ir a velocidad para alcanzar a esos acorazados al anochecer, pero no dejes que te maten —dijo dándole una palmadita en el hombro.

—Intentaré que no.

Alek sonrió y la saludó marcialmente.

—Buena suerte, señor Sharp —se dio la vuelta y salió corriendo por la espina.

Mientras veía cómo se iba, Deryn se preguntó en qué estarían pensando los oficiales del puente. Ahí estaba el *Leviathan*, a punto de entrar en combate con unos motores nuevos que apenas habían



probado y que manejaban unos hombres que en toda justicia deberían estar luchando en el bando contrario.

Pero el capitán no tenía muchas alternativas, ¿verdad? Podía optar entre confiar en los clánkers o volar a la deriva empujado por la brisa. Por su parte, Alek y sus hombres también se veían obligados a unirse a ellos en el combate o si no perderían a sus únicos aliados. Nadie parecía pues tener demasiadas alternativas.

Deryn suspiró, preguntándose cómo era posible que aquella guerra se hubiese embrollado tanto.

## • DOS •

**Mientras corría hacia los motores, Alek pensó en si le había dicho a Dylan toda la verdad.**

Se sentía mal por el hecho de apresurarse a unirse al combate. En su huida hacia Suiza, Alek y sus hombres habían luchado una docena de veces contra los alemanes, e incluso contra sus compatriotas austriacos. Pero esta vez era diferente: aquellos acorazados no los estaban persiguiendo.

Según las transmisiones de radio que el conde Volger había interceptado, los dos barcos habían quedado atrapados en el Mediterráneo al comienzo de la guerra. Dado que los británicos controlaban Gibraltar y el Canal de Suez, no habían podido regresar a Alemania por ninguna parte, de modo que habían estado huyendo durante toda la semana anterior.

Alek sabía lo que se sentía al verse perseguido y atrapado en una guerra que otros habían empezado y, sin embargo, allí estaba, listo para ayudar a los darwinistas a enviar a dos barcos repletos de seres humanos vivos al fondo del mar.

La enorme bestia giró bajo sus pies, los cilios que cubrían sus flancos se ondularon como si fueran hierba mecida por el viento y la hicieron girar lentamente. Las aves fabricadas se arremolinaban en torno a Alek, algunas con el arnés ya colocado y transportando armamento.

También en aquello era diferente: ahora estaba luchando codo con codo con aquellas criaturas. A Alek le habían educado para que creyera que eran abominaciones impías, pero tras cuatro días a bordo de la aeronave, sus graznidos y chirridos habían empezado a resultarle de lo más natural. Exceptuando a los horribles murciélagos *fléchette*, las bestias fabricadas incluso le parecían bellas.

¿Acaso se estaba convirtiendo en un darwinista? Cuando llegó al tramo de espina que quedaba sobre las cápsulas de los motores, Alek bajó por el flechaste de babor. La aeronave se estaba inclinando hacia arriba, con lo que el mar parecía caer en la distancia por debajo de él. Las cuerdas estaban resbaladizas por la sal transportada por el aire y, mientras se sujetaba bien para no caerse, en su mente empezó a tener dudas sobre su lealtad.

Cuando llegó a la cápsula del motor, Alek estaba empapado en sudor y deseando no haberse puesto la armadura de esgrima.

Otto Klopp se encontraba a los mandos. Su uniforme de guardia de los Hausburgo estaba hecho jirones tras pasar seis semanas lejos de casa. Tras él estaba el señor Hirst, el ingeniero jefe del *Leviathan*, que estudiaba la ruidosa máquina con cierto disgusto. Alek tuvo que admitirlo: aquellos pistones que se agitaban sin cesar y las chisporroteantes bujías tenían una pinta extraña acoplados

al ondulado flanco de la bestia aérea, como si fuesen engranajes montados sobre las alas de una mariposa.

—Profesor Klopp —gritó Alek para hacerse oír por encima del rugido de la máquina—. ¿Qué tal funciona?

El viejo profesor alzó la vista de los controles.

—Bastante bien, teniendo en cuenta la velocidad a la que nos movemos. ¿Sabéis qué está ocurriendo?

Por supuesto, Otto Klopp apenas hablaba inglés. Aunque un largato mensajero hubiese llevado noticias hasta la cápsula del motor, él no sabría por qué la aeronave estaba cambiando de rumbo. Lo único que había visto eran códigos de colores que transmitían órdenes desde el puente hasta el panel de señales, órdenes que había que obedecer.

—Hemos avistado dos acorazados alemanes —Alek hizo una pausa, ¿había vuelto a decir «hemos»?—. La nave los está persiguiendo.

Klopp frunció el ceño, se tomó unos instantes para digerir la noticia, y después, se encogió de hombros.

—Bueno, la verdad es que los alemanes no nos han tratado muy bien últimamente. Pero también es cierto, joven señor, que podríamos perder un pistón en cualquier momento.

Alek echó un vistazo a los engranajes que giraban. Los recién reconstruidos motores aún rechinaban y no dejaban de surgir problemas inesperados. La tripulación nunca llegaría a saber si una avería temporal había sido intencionada. Pero aquel no era momento para traicionar a sus nuevos aliados.

A pesar de que se decía que Alek había salvado al *Leviathan*, en realidad era que la aeronave lo había salvado a él. El plan de su padre era que Alek se escondiera en los Alpes suizos durante toda la guerra, para después resurgir y revelar que él era el heredero al trono del Imperio austrohúngaro. El aterrizaje forzoso que la aeronave se había visto obligada a hacer le había salvado de estar largos años escondido en aquellos parajes nevados. Estaba en deuda con los darwinistas por haberle salvado y por confiar a sus hombres el funcionamiento de aquellos motores.

—Esperemos que no ocurra tal cosa, Otto.

—Como digáis, señor.

—¿Algo va mal? —preguntó el señor Hirst.

Alek pasó al inglés.

—En absoluto. El profesor Klopp dice que la nave funciona como una seda. Tengo entendido que el conde Volger está destinado a la tripulación del motor de estribor. ¿Quiere que me quede aquí y os haga de intérprete?

El ingeniero jefe dio a Alek unas gafas para que se protegiera los ojos de las chispas y del viento.

—Sí, por favor. No quisiéramos que surgiera ningún... malentendido en el fragor de la batalla.

—Por supuesto que no.

Alek se puso las gafas, preguntándose si el señor Hirst había visto en Klopp algún atisbo de duda. Como ingeniero jefe de la aeronave, Hirst era un darwinista poco común, puesto que tenía conocimientos sobre máquinas. Siempre observaba con admira-

ción cómo Klopp trabajaba en los motores clánker, aunque ambos no fueran capaces de intercambiar una sola palabra. No había ninguna razón para levantar sospechas, justo en aquel momento. Con un poco de suerte, aquella batalla terminaría pronto y podrían dirigirse a Constantinopla sin más retrasos.

Al caer la noche, los dos barcos aparecieron en el horizonte.

—El más pequeño no es gran cosa —dijo Klopp, bajando sus prismáticos.

Alek los cogió y echó un vistazo. El acorazado más pequeño ya había sufrido daños. Una de sus torretas estaba ennegrecida por un incendio y, tras de sí, dejaba una estela de petróleo que se extendía y que el sol del atardecer transformaba en un brillante arcoíris.

—¿Ya han entrado en batalla antes? —preguntó al señor Hirst.

—Sí, la armada ha estado dándoles caza por todo el Mediterráneo. Los han bombardeado varias veces desde lejos, pero hasta ahora han logrado escabullirse —el hombre sonrió—. Pero esta vez no se escapan.

—Desde luego no pueden dejarnos atrás —dijo Alek.

El *Leviathan* había cubierto una distancia de sesenta kilómetros en unas pocas horas.

—Ni tampoco contraatacar —dijo el señor Hirst—. Volamos demasiado alto como para que nos alcancen. Lo único que tenemos que hacer es que disminuyan la velocidad. La armada ya está de camino.

Un estruendo llegó de la espina situada encima de ellos y una bandada de alas negras se alzó desde el frontal de la aeronave.

—Están enviando primero a los murciélagos *fléchette* —le dijo Alek a Klopp.

—¿Qué clase de criatura impía es esa?

—Comen púas —fue cuanto Alek pudo decir.

Sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

La bandada empezó a agruparse, formando en el aire una nube negra. La luz de los focos surgió de la barquilla y, a medida que la luz del sol se desvanecía, los murciélagos se reunían en torno a los haces de luz como si fueran polillas.

El *Leviathan* había perdido incontables bestias en las batallas en que había participado recientemente, pero la aeronave se estaba autorreparando poco a poco. Los murciélagos ya se estaban reproduciendo, como un bosque que se recuperara tras una larga temporada de caza. Los darwinistas decían que la aeronave era un “ecosistema”.

Desde aquella distancia, había algo fascinante en la forma en que la negra bandada revoloteaba en torno a los focos. Se arremolinaron alrededor del acorazado más pequeño, listos para descargar una lluvia de púas de metal. La mayoría de la tripulación estaría a salvo bajo el revestimiento del blindaje, pero a los hombres que manejaban el armamento ligero de cubierta los iban a hacer pedazos.

—¿Y por qué empiezan con los murciélagos? —preguntó Alek a Hirst—. Los *fléchette* no hundirán un acorazado.

—No, pero destruirán sus banderas de señales y antenas de comunicaciones. Si podemos evitar que los dos barcos se co-

muniquen entre sí, será más difícil que se separen e intenten huir.

Alek tradujo para Klopp, quien señaló con el dedo a lo lejos.

—El más grande se está acercando.

Alek miró de nuevo a través de los prismáticos y tardó un instante en encontrar la silueta del barco, que se perfilaba contra el horizonte cada vez más oscuro. Incluso pudo leer su nombre en el fuselaje: el aspecto del *Goeben* era mucho más formidable que el de su compañero. Estaba equipado con tres torretas grandes y un par de catapultas para lanzar girotópteros. La forma de la estela que dejaba revelaba también la presencia bajo la superficie de un equipo de brazos de combate *antikraken*.

Sobre la cubierta de popa había una forma extraña: una gran torre revestida con aparejos de metal, parecidos a una docena de transmisores apiñados.

—¿Qué es eso que sobresale en el lado de popa? —preguntó Alek.

Klopp cogió los prismáticos y echó un vistazo. Había trabajado durante años en el ejército alemán y, a menudo, opinaba con entusiasmo sobre asuntos militares. Pero esta vez se limitó a fruncir el ceño y, cuando habló, su tono era vacilante.

—No estoy seguro. Me recuerda a un juguete que vi una vez...

—Klopp se ajustó más los prismáticos—. ¡Está lanzando un girotóptero!

Una forma pequeña salió disparada desde una de las catapultas. Giró bruscamente y se dirigió zumbando hacia los murciélagos.

—¿Qué es lo que pretende? —preguntó Klopp en voz baja.



Alek observaba la escena con el ceño fruncido. Los girotópteros eran máquinas frágiles, apenas lo suficientemente potentes para transportar a un piloto. Se habían diseñado para la exploración, y no para el ataque. A pesar de ello, el pequeño avión se dirigía directamente hacia la nube de murciélagos, con sus rotores gemelos girando a plena potencia.

A medida que se acercaba a la bandada, el girotóptero se encendió repentinamente en la oscuridad. Desde su parte frontal disparó una llamarada que cruzó el cielo, una lluvia de brillantes fuegos artificiales carmesí. Alek recordó algo que Dylan había dicho sobre los murciélagos: tenían un miedo mortal a la luz roja, tanto que les hacía soltar las púas de metal.

La lengua de fuego se abrió paso entre la bandada, dispersando a los murciélagos en todas direcciones. Segundos más tarde, la nube había desaparecido, como si fuera un diente de león negro arrastrado por una ráfaga de viento.

El girotóptero trató de virar para alejarse, pero se vio atrapado debajo de una oleada de murciélagos que huían. Alek pudo ver cómo caían las púas de metal, brillando a la luz de los focos. El girotóptero empezó a dar sacudidas en el aire. Las aspas de sus rotores se rompieron y abollaron, y la energía que quedaba retorció el delicado fuselaje hasta convertirlo en chatarra. Alek observó cómo la máquina voladora caía del cielo y desaparecía entre una pequeña salpicadura blanca en la negra superficie del mar. Se preguntó si el desafortunado piloto habría sobrevivido a las púas el tiempo suficiente como para llegar a sentir la frialdad del agua.

Los focos del *Leviathan* aún seguían barriendo el cielo, pero la bandada estaba demasiado dispersa como para reanudar el ataque. Un grupo de pequeñas formas ya fluía de vuelta hacia la aeronave.

Klopp bajó los prismáticos.

—Parece que los alemanes tienen nuevos ases en la manga.

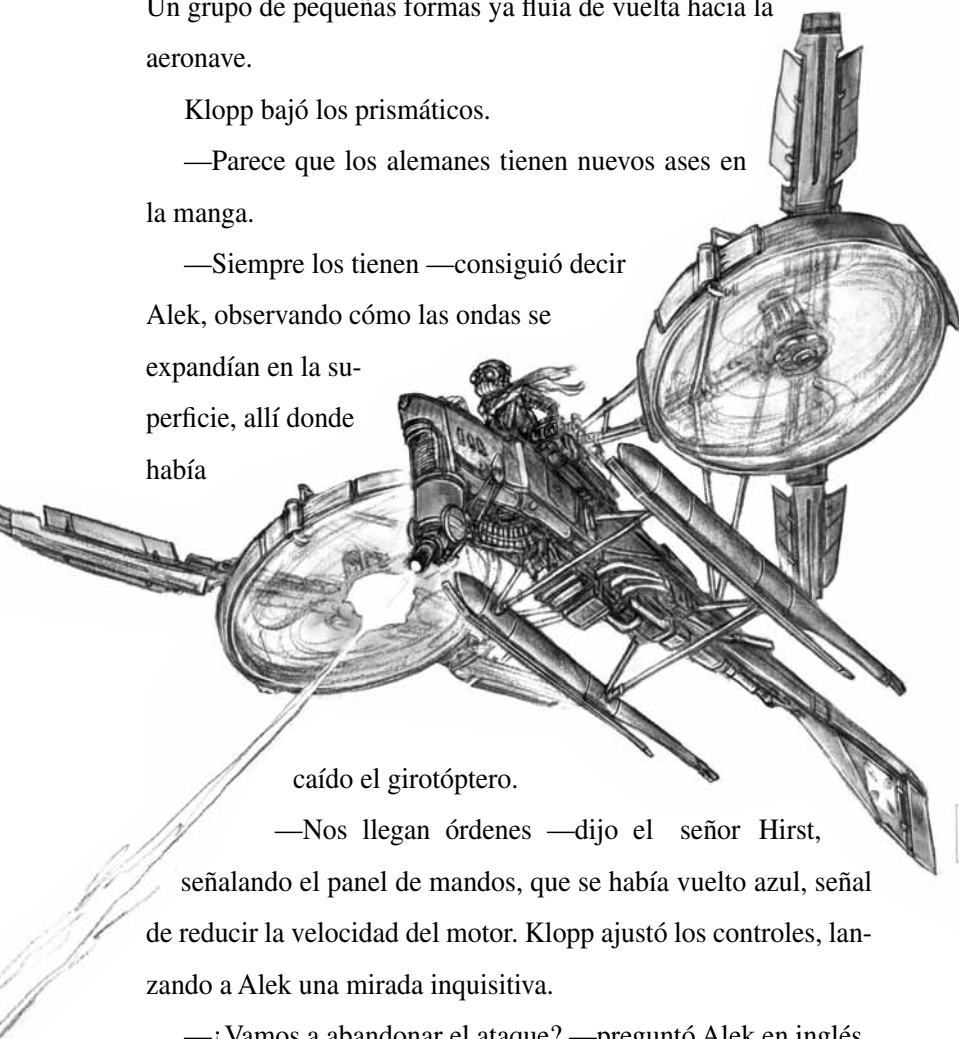
—Siempre los tienen —consiguió decir Alek, observando cómo las ondas se expandían en la superficie, allí donde había

caído el girotóptero.

—Nos llegan órdenes —dijo el señor Hirst, señalando el panel de mandos, que se había vuelto azul, señal de reducir la velocidad del motor. Klopp ajustó los controles, lanzando a Alek una mirada inquisitiva.

—¿Vamos a abandonar el ataque? —preguntó Alek en inglés.

—Por supuesto que no —dijo el señor Hirst—. Tan solo estamos cambiando de rumbo. Imagino que ignoraremos al *Breslau* por el momento e iremos tras el barco más grande. Solo para ase-



gurarnos que otro girotóptero no nos cause problemas con esas bengalas.

Alek escuchó el zumbido de la nave durante unos instantes. El motor de estribor seguía funcionando a plena potencia, impulsando al *Leviathan* en su lento giro hacia el *Goeben*. La batalla aún no había terminado. Morirían más hombres aquella noche.

Volvió la mirada hacia los engranajes del motor que seguían girando. Klopp podría detenerlos sutilmente al menos de doce formas distintas. Una sola palabra de Alek bastaría para detener aquella batalla.

Pero le había prometido a Dylan que lucharía con lealtad. Además, tras revelar su escondite, entregar a su Caminante de Asalto y tirar el oro de su padre para convertir a los darwinistas en sus aliados, parecería absurdo traicionarlos ahora.

Sabía que el conde Volger estaría de acuerdo con él. Como heredero al trono del Imperio austrohúngaro, Alek tenía el deber de sobrevivir, y la supervivencia en terreno enemigo no podía empezar con un motín.

—¿Qué ocurrirá ahora? —le preguntó a Hirst.

El ingeniero jefe cogió los prismáticos de Klopp.

—No perderemos más tiempo destruyendo sus banderas de señales, de eso estoy seguro. Probablemente, pasaremos directamente al ataque con bombas aéreas. Un girotóptero no podrá detenerlas.

—Vamos a bombardearles —tradujo Alek para Klopp—. Están indefensos.

El hombre se limitó a asentir, ajustando los controles.

El panel de señales se volvió rojo de nuevo. El *Leviathan* había encontrado su rumbo.